

## El Caprichoso Azar

Explosiones, explosiones en la oscuridad. Se sucedían, sin cesar, incansablemente, un retumbar continuo de las paredes y el suelo hacían estremecerse los cimientos de los edificios, y que cayeran hilillos de polvo del techo y mancharan las, ya de por sí, sucias lonas y mantas distribuidas por el suelo de aquel agujero que se había convertido en mi hogar. Con uno de esos temblores especialmente fuerte, se cayó mi candil de brea, quedándome a oscuras cual noche más profunda sin estrellas. Reprimiendo una maldición, prendí una cerilla y la acerqué a una vela para recoger los puntiagudos cristales, el fulgor danzante de la llama en aquellas afiladas piedras preciosas ofrecía un aspecto hipnótico. Eché los restos del candil a la bolsa de basura que llevaba ya casi una semana sin sacar. Empezaba a oler bastante mal, pero tampoco es que acrecentase la deplorable situación en la que se encontraba toda la estancia. Volví a tumbarme medio incorporado entre el revoltijo de mantas, tratando de que los afilados dientes de la corriente helada no se llevaran lo poco que quedaba de mí. Hacía mucho frío, parecía que hasta la pared quería succionarme y alejarme de la profunda sensación de irrealidad en la que había derivado mi existencia. Posé la mirada en la pared desnuda situada frente a mí, las irregularidades del hormigón eran incontables, y profundamente interesante cada una de esas incisiones. Volví a estremecerme, supongo que era la consecuencia de estar bajo tierra, pensé arrebujándome aún más entre las mantas. Dejé vagar la mirada por la austera estancia de nuevo, y mis ojos se posaron dolorosamente sobre mi uniforme del Ejército. La casaca estaba muy sucia y desgastada, pero aún se podía intuir la deteriorada y descolorida bandera de mi país y un nombre entre el barro, “mi nombre”. Olor a tierra húmeda, esa tensión en el estómago, las respiraciones entrecortadas de mis compañeros de barracón, ese gemido angustioso que rasga la noche... No. Ahora no. No es momento de recordar. Y aparte, el agua es demasiado preciada como para malgastarla por los ojos. Ahora no.

Dejo que mi respiración se acompañe de nuevo al latido de mi maltrecho corazón. Ya recuperado, vuelvo a dejar libres mis pensamientos para que recorran los confines del universo. Era estudiante de astrofísica antes de que “esto” me arrancara de mis estudios. Me encantaba aprender y formarme sobre un sinfín de temas muy variados que me causaban curiosidad, era por así decirlo, una mente inquieta. Fue allí, en la carrera, donde la conocí a ella. También era curiosa, inquieta, y muy bella. El olor de su cabello, el suspiro de su suave respiración, el resplandor de sus ojos... aunque, verdaderamente, lo que me enamoró de ella fue su alegría de vivir. No he podido evitar que se me humedezcan los ojos. Otra vez. De nuevo, expulso esos pensamientos. No me apetece ponerme a recordar lo que antes era mi preciosamente normal vida.

Siento la garganta rasposa y mi estómago gime por lo vacío que está. Quizás sea el momento de comer algo. Me levanto con dificultad y voy a un extremo resguardado de suciedad en la habitación. Tan sólo me quedan tres latas. Qué más da. Total, no voy a vivir para lamentarlo. Cojo una de ellas. A la luz de la tambaleante vela parecen habichuelas. Tampoco es que importe demasiado. La abro y la llevo a mi refugio entre las mantas, donde la saboreo despacio, paladeando cada bocado, consciente de que podría ser el último. Mi madre cocinaba mucho mejor. Muchísimo mejor. En su momento no lo apreciaba, pero es cuando peor estás que recuerdas el ayer y te arrepientes de tus conductas. ¿Otra vez recuerdos? Parece que mis pensamientos no van a dejar de acosarme, así que no tiene sentido tratar de eludirlos. Dejo la lata a un lado, ya considerablemente más vacía que mi estómago, y cierro los ojos apoyado contra la dura pared. Antes, no era feliz, y aún así, viendo la vida tan perfecta y maravillosa que tenía... me arrepiento mucho, aunque tampoco es que pueda hacer nada ya al respecto. Estaba estudiando la carrera que quería, en la flor de la vida, estaba enamorado, y ella era tan perfecta que no me creía que fuera recíproco, mi familia estaba bien... Todo era tan idílico. Y aún así no era feliz. Hay que ver las vueltas que da la vida, que ahora estoy tirado entre mantas roñosas, comido de suciedad, en un sótano a dos calles y poco del implacable avance enemigo en mi ciudad, muriéndome de frío y enfermo, sin más compañía que la mía y las ponzonosas latas de conserva. Y aún así, he encontrado la paz. Hay que ver qué irónico. En fin.

Y todo se torció en cuanto cayeron las primeras bombas y comenzaron las ofensivas. Lo paralizaron todo. A nadie le interesaba ya la singularidad de los agujeros negros. No importaba tu antigua situación o cómo estuviera tu vida. Para ser realistas, no importaba ni tu propio nombre, mientras pudieses luchar. Fui alistado, junto con muchísimas personas más, para armarme con un fusil y enfrentar al enemigo. Qué desgraciado era, justo cuando mejor me iban las cosas, una guerra acababa con todo y se cargaba mi vida. Y aún así, antes no era feliz. Una guerra se lo carga todo. Tanto aquí, como en cualquier parte del mundo. Puesto que nuestra sociedad irreal en la que “no” somos felices es inestable, y una guerra se lo carga todo. No era el más desafortunado ni había tenido la peor suerte del mundo, como yo, había cientos de miles de muchachos en una situación similar o incluso peor. Tan sólo había que resignarse, empuñar el fusil y luchar.

Destinaron a mi padre a primera línea. Yo tuve la gran suerte de que a mi hermano, tan sólo un año menor que yo, le tocó conmigo, a un campamento militar cerca de nuestra ciudad. La despedida de mi madre y mi hermana pequeña, de diez años, fue terrible. Nadie pudo parar de llorar por lo injusto de nuestra situación, porque hacía una semana todo era normal, y no lo apreciábamos. No hubo tiempo para palabras bonitas ni llenas de ternura, pero al menos disfrutamos de nuestra mutua presencia, conscientes de que probablemente sería la última vez. Mi corazón no guardaba ya esperanza alguna. La despedida con mi amada fue igual o peor, aunque en ella sí hubo palabras bonitas y caricias con fecha de caducidad. Nos habían arrebatado el futuro precioso que íbamos a tener. Era injusto, pero simplemente era así, había nacido en el momento y sitio equivocado y era algo doloroso que había que afrontar, aunque se llevara mi vida por delante, acepté. Así, di la espalda a la ciudad en la que había nacido y me había criado, a mi familia, a mi antiguo futuro, y me interné en el tren que me alejaría de allí, junto con mi hermano, para llevarme adonde la línea entre la vida y la muerte es difusa, y tan solo la separa el recorrido de una bala.

La vida en guerra es muy dura, pero más aún si eres un soldado. Todo está empañado de pesar y realizas todas las acciones conscientes de que es posible que sea la última vez. Es una situación nada agradable, y mucho menos cuando eres inexperto en todo este ámbito, ya que antes eras un “no feliz” estudiante de los misterios del cosmos.

Fue como un batacazo para mí y para mi hermano cuando nos comunicaron, tan solo tres días después de llegar al campamento, que nuestro padre había muerto. No era algo inesperado, porque estaba en primera línea, pero fue a partir de ahí cuando me di cuenta de que esto era real. Es una guerra, y arrasa con todo. No importa si eres una buena persona o un genio, tanto como si eres insignificante. Porque eso es exactamente lo que eres, insignificante. Somos peones en un juego de grandes fuerzas que no acertamos a comprender, pero que tenemos que seguir, ya que nosotros no dictamos sus reglas.

Me dolió mucho la muerte de mi padre, pero aún más darme cuenta de que es indiferente que muera como que viva, soy un soldado, y por ello no valgo nada, sólo tengo que matar o morir según otro me indique, y cuando se me acabe la suerte, otro me reemplazará. Unos días después, los enemigos asaltaron el campamento. Vi cómo de improviso soldados con otro color de uniformes y otra bandera pintada en ellos irrumpieron entre nosotros y empezaron a matarnos. La frialdad espantosa de ese momento no la había sentido nunca, ya que aún ni había disparado contra algo vivo desde que estábamos allí, cuando de pronto vi a compañeros míos, con sus respectivas vidas dejadas atrás, muriendo. En esos momentos, el tiempo pareció congelarse y transcurrir a cámara lenta. Sentí un impacto detrás de mí y me di la vuelta justo para ver cómo un soldado enemigo disparaba a bocajarro y por la espalda a mi hermano. Con una expresión petrificada del horror y la dolorosa sorpresa en el rostro, mi hermano se desplomó hacia delante, y mi reacción instintiva fue disparar al soldado que lo había matado. Como en una matriz gelatinosa por la tensión de la batalla, la bala voló lentamente desde el cañón de mi fusil hasta hundirse en la garganta de aquel hombre. Él también profirió una expresión de espanto y miedo, mientras borbotones de sangre caliente emanaban de su yugular formando un charco que rodeó su cuerpo. Le miré a los ojos cuando soltaba sus últimos hálitos de vida, y en ellos sólo vi miedo, mucho miedo, dolor y arrepentimiento, porque él también había arrebatado la vida a otra persona. No era distinto a lo que hubiera podido expresar yo en su lugar. Entonces comprendí que no éramos distintos. Él no sentía odio hacia mí, ni hacia mi hermano, que yacía con ojos vidriosos a su lado, ni yo tampoco lo odiaba a él. Tan solo éramos víctimas de ese juego que va más allá de nosotros y que se llama guerra. Pero estos peones son de carne y hueso y, como tales, tenemos vida y sentimientos. No nos odiamos, yo no tenía nada en contra del hombre al que maté, tan solo estamos obligados a tener este sangriento y cruel destino.

Conseguimos rechazar a los enemigos aquella noche, pero para mí no fue ninguna victoria. Ni siquiera pudo ser enviado mi hermano a casa envuelto en un sudario. Y aquel soldado fue quemado en una pira común sin ningún otro honor que descansar con sus camaradas en el fuego.

Tras esa noche, completamente abrumado y roto de dolor, deserté. Dejé mi fusil allí, y sin nada más que mi uniforme del Ejército y mis botas, me fui, queriendo volver a mi hogar, aunque fuera para verlo una última vez. Sentía la mirada de aquel soldado moribundo a cada momento. Lo veía por las noches, por el día, en cada sombra, acompañado siempre por el cuerpo tendido de mi hermano. Eran completamente distintos, su asesino y la víctima, pero sin embargo, eran iguales, ambos muertos por la injusticia pasmosamente indiferente de las muertes inocentes en una guerra.

No sé cómo, completamente destrozado y consumido, llegué a mi ciudad, mi hogar. Estaba enfermo y sin apenas fuerza tras la ardua marcha de un caminante solitario y abrumado por el dolor, así que me dirigí directamente a la casa de mi familia. Las calles estaban prácticamente vacías, el avance enemigo era imparable y se dirigía a pasos agigantados hacia esta ciudad, la guerra se notaba en cada esquina. Cuando llegué a mi casa, desesperado por ver que la única familia que me quedaba estaba a salvo, que era la razón por

la que aún no me había abandonado a morir, la encontré vacía. Me invadió un miedo visceral, y empecé a buscar algún indicio que pudiera desvelar qué había pasado con ellas. Para mi profundo alivio, vi en un cajón una nota de mi hermana que decía que por el miedo al avance enemigo, mamá, mi novia, ella y muchos más de la ciudad habían decidido marcharse en autobús a un país vecino hasta que la guerra concluyera. Por primera vez desde la muerte de mi hermano, me relajé. Todos a los que amaba estaban a salvo.

Comí allí de algunas conservas que se habían dejado atrás en su marcha apresurada y, sin miedo alguno, puesto que lo único importante estaba seguro, salí a la calle. Me dirigí al otro extremo de la ciudad buscando un edificio con un sótano para refugiarme hasta que los enemigos me encontraran y acabaran conmigo.

Sin embargo, a las afueras de la ciudad, cerca del edificio vacío que escogí para quedarme y esperar a la muerte, vi un cráter humeante. Y aquella visión me inquietó de tal manera que me acerqué a mirar. Se trataba de un autobús completamente chamuscado y ennegrecido por una bomba que le había caído. Había muchos cuerpos y cadáveres carbonizados que me causaron una profunda conmoción porque eran de nuevo víctimas inocentes de una guerra que los había matado injustamente. Ya me retiraba, decaído, cuando lo vi. Ondeando enganchado a un lateral del autobús, ante un rayo de sol crepuscular, se encontraba el lazo favorito de mi hermana. Caí de rodillas y me desplomé. No sé cuánto tiempo estuve incapaz de hacer otra cosa que no fuera llorar y balbucear por la suma crueldad e injusticia de la guerra. No era capaz de levantarme. Toda mi familia había muerto a causa de este juego que se lleva la vida de tantísimas e innumerables personas, no necesitaba revisar los cuerpos para saber que mi madre, mi hermana y mi amada habían muerto en la explosión, tenía la certeza de que así había sido.

Cuando me levanté, ya amanecía. Al alba, los primeros rayos de luz rosada acariciaron mi rostro surcado por las lágrimas, la mugre, la barba incipiente, y, por encima de todo eso, el dolor porque ya nada tenía sentido. Lo único que me importaba también había muerto. Todo lo que antaño había amado o apreciado de mi antigua y perfecta vida, había muerto. No quedaba ya nada por lo que vivir. La guerra me lo había arrebatado todo. Podía coger un arma e ir a morir frenando el avance enemigo en la ciudad, sabía que había gente aún esperanzada que seguía luchando, pero yo no era uno de ellos. Había matado a un hombre que no me odiaba ni al que yo odiaba, todo por el caprichoso azar e injusticia de la guerra, y aún recordaba su mirada, era incapaz de matar a más inocentes por la misma guerra sin sentido. Por ello, me metí en una guarida a esperar el inexorable avance enemigo y por fin morir en paz.

Abro los ojos, enrojecidos por las lágrimas que no pude contener y resbalaron por mis mejillas, y me desperezo un poco. Me retumba la cabeza como si se estuviese librando una batalla muy cerca de aquí. Me levanto y me encamino hacia la puerta lentamente, como todos los días, subiré a un piso superior para ver cómo va el avance de las tropas enemigas. Subo los escalones pesadamente con el presentimiento de que no los bajaré de nuevo, y me encaramo al balcón desde el que suelo mirar. Me sorprende que los enemigos se encuentren ya en esta misma calle, ganando terreno muy rápidamente a los pobres defensores de mi ciudad que aún creen que pueden vencer en esta guerra. Me gustaría decirles que no hay ya victoria posible para ninguno de los dos, han muerto ya demasiados inocentes tanto de un bando como de otro.

Repentinamente, un cálido rayo de sol me acaricia la mejilla, y una suave brisa me trae el recuerdo de todos aquellos a los que amé y han muerto injustamente, junto con una sensación de paz. En ese instante comprendo que mi momento ha llegado, y con él mi merecido descanso tras tanto sufrimiento. Con todo el coraje y el torrente de voz que me queda en el cuerpo, sin miedo alguno, grito:

– ¡Que acaben ya las guerras injustas y sus víctimas inocentes, terminad con este horror!

Silba una bala a mi derecha, y se desprende un trozo de pared con un golpe sordo. Lo último que siento es un agudo dolor en el pecho mientras todo el edificio explota.